

La calle

para el miércoles 16 de diciembre de 2009

Diario de un espectador

Tropezón en el Centro

por miguel ángel granados chapa

El domingo fue muy buen día para este espectador, a pesar de varios inconvenientes y un percance que pudo ser de marca mayor. Tuvimos inicialmente el gusto de tomar un tentempié en la cafetería de san Ildefonso, que resulta la más cara de la ciudad porque al importe del consumo hay que agregar el pago de la tarifa de ingreso, cuarenta y cinco pesos por persona. De modo que los noventa que sumó pasar esa aduana fue superior a lo que debimos pagar por un café, un yogur con fruta y un licuado de plátano. Ignorábamos la existencia de un café, muy nuevo a lo que parece, dedicado a sor Juana, que descubrimos tardíamente en nuestro camino a Justo Sierra 75, que era nuestro destino.

A las doce horas con treinta minutos una pequeña multitud se arremolinaba en ese domicilio, donde en 1941 fue abierta la primera sinagoga de la ciudad de México. La migración azhkenazi, la de los judíos procedentes del centro norte de Europa, principalmente Polonia y la URSS, llegó a México en los años veinte. De inmediato, como correspondía a sus necesidades espirituales y culturales, improvisaron templos en domicilios particulares y hasta en viviendas alquiladas *ex profeso* en vecindades del barrio de La Merced, al oriente del Zócalo. A finales de los años treinta los miembros más eminentes de la nueva comunidad estuvieron en situación material de sufragar el costo de un *shul*, una sinagoga que se erigió en la calle Justo Sierra, entre Correo Mayor y Jesús María. La mayor parte de los nuevos mexicanos vivían en las inmediaciones de ese lugar, que se convirtió en punto de encuentro no sólo religioso sino también social.

Andando el tiempo, los residentes judíos de La Merced se mudaron a otros puntos de la ciudad de México: las tradicionales colonias Roma y Condes, el nuevo Polanco. En cada una de esas colonias fueron erigiéndose nuevos templos, algunos magníficos, lo que propició el abandono del inicial, que por lo mismo se deterioró. Recientemente, sin embargo, en una conjunción de esfuerzos de autoridades de la ciudad, decididas a rescatar la riqueza arquitectónica y humana que floreció en el Centro histórico; y de la comunidad de judíos azhkenazitas de México, el templo fue espléndidamente restaurado. Abrió de nuevo sus puertas en un muy lucido festival al que nos referiremos otro día, uno de cuyos números fue la escenificación de una boda, en que los ya encorvados novia y novio casados hace más de sesenta años se colocaron de nuevo bajo el palio nupcial.

Al salir nos dirigimos a un segundo momento que imaginábamos, como por fortuna resultó, sumamente grato, una reunión familiar con parte de la tribu venida de Pachuca, para saludarnos con motivo del fin del año. Caminábamos por la acera sur, la que da directamente al Templo mayor. De pronto sobre la banqueta apareció un tramo cubierto con una improvisada tapa de madera. Este espectador intentó caminar sobre ella y para su infortunio descubrió que era la inestable cubierta de una horadación profunda, y que estaba compuesta por dos tablones sueltos. De modo que uno de ellos cedió a nuestro

paso, giró hacia la excavación y perdimos el equilibrio. No caímos enteramente de bruces pero no obstante, en el hundimiento instantáneo del piso nuestras piernas resultaron lesionadas. Luego vimos que la caída produjo cardenales en las dos espinillas. Pudo haber sido peor.